

MIL RAMOS DE FLORES NO SON SUFICIENTES

LUIS ALEIXANDRE GIMÉNEZ

MIL RAMOS DE FLORES NO SON SUFICIENTES

LUIS
ALEIXANDRE
GIMÉNEZ

UNARIA
EDICIONES



Primera edición: febrero 2020

Textos

Luis Aleixandre Giménez

Diseño

Akane Studio

Edita

Unaria ediciones

www.unariaediciones.com

hola@unariaediciones.com

ISBN

978-84-121165-8-8

Depósito legal

CS 75-2020

© De los textos: sus autores

© De las imágenes: sus autores

© De esta edición: Unaria ediciones

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (artículos 270 y siguientes del Código Penal).

*A Nuria,
por ella
para siempre*

PRÓLOGO	13
CAPÍTULO I	19
CAPÍTULO II	27
CAPÍTULO III	49
CAPÍTULO IV	69
CAPÍTULO V	77
CAPÍTULO VI	91
CAPÍTULO VII	107
CAPÍTULO VIII	119
CAPÍTULO IX	141
CAPÍTULO X	159
CAPÍTULO XI	175
CAPÍTULO XII	181
CAPÍTULO XIII	189
EPÍLOGO	199

PRÓLOGO

Marcial no terminó jamás de leer un libro, ni siquiera llegó más allá de las diez primeras páginas, y se jactaba de ello. Por el contrario, y como suele suceder a quien tiene un adoquín por cerebro, le gustaba hablar demasiado sin decir nunca algo inteligente y, por ello, desconocía su propia ignorancia. Y estaba a punto de pagar por ello.

Se encontraba adormilado. Tirado en el sofá entre restos de comida rápida. La camiseta interior gris de tirantes, sucia a más no poder, se pegaba a su torso grasiento y fofo como si se tratara de una segunda piel. La habitación estaba en penumbra y, aparte de la luz alicaída de la tarde que entraba por las ranuras de la persiana, solo el brillo de la pantalla del pequeño televisor dejaba entrever la pocilga en la que vivía.

Un estruendo inesperado le espabiló de su letargo y a punto estuvo de sacarle también el corazón por la garganta. Sus pulsaciones se desbocaron en segundos y dirigió su mirada hacia la entrada del piso. La puerta había sido reventada y bajo el dintel distinguió dos siluetas a contraluz: una figura peque-

ña y esbelta se adentraba en el salón mientras otra más alta y fornida bloqueaba la salida.

Se hizo la luz y Marcial descubrió, con la cara desencajada por el susto, a un individuo delgado de apenas metro y medio con la mano izquierda en el pulsador. Vestía pantalones vaqueros desgastados que estaban sujetos a las pocas carnes de su cintura mediante una faja de piel con una gran hebilla ovalada. Llevaba una gorra del mismo color que su cazadora de piel negra y en su mano derecha observó una gran navaja abierta. Allí, medio recostado, se orinó encima mientras observaba cómo se le acercaba el tipo a pasitos cortos.

—¿Marcial? —le preguntó con voz aflautada, mientras le señalaba con la punta de la hoja afilada.

Muerto de miedo acertó a asentir con la cabeza sin poder quitar la vista del pincho que ya estaba a escasos centímetros de su pecho, que no cesaba de rebufar y jadear.

—Me llamo Delfín —continuó con voccecita de chiquilla de quince años, que en cualquier otra ocasión hubiese sido motivo de guasa, chistes y burlas. Pero en ese momento ni se le pasó por la cabeza esbozar ni la más leve sonrisa, tenía los músculos del cuerpo paralizados a excepción de los del suelo pélvico, que habían provocado nuevas manchas de suciedad en el sofá.

—Aquel senegalés grandote que ves allí se llama Youssou, aunque yo creo que Treintaitres le quedaría mejor. —Le hizo una señal con la mano para que entrara.

Marcial desvió la mirada al grueso y corpulento negro que intentaba recolocar la puerta desencajada en su marco. Debía de sobrepasar los dos metros de altura y vestía un holgado pantalón y una chaqueta de chándal marrón. Su redonda cabeza estaba afeitada y su piel no podía ser más negra, ese tipo de color que no soportaba. Formaba parte de la raza de hombres que pertenecían a una clase inferior y que debían ser

objeto de burlas y ensañamiento cuando entraban a vender baratijas en el bar que frecuentaba. Con varias cervezas en el estómago, Marcial los acosaba y los amedrentaba delante del resto de borrachos de la barra. Empezaba llamándoles negros pordioseros y, si aguantaban lo suficiente dentro del bar, terminaba por desparramar por el suelo las gafas, pulseras y sombreros que vendían, se apropiaba de todo aquello que le parecía y repartía el resto de la mercancía entre los correligionarios del bar. Las risas y carcajadas de sus compañeros de copas le hacían envalentonarse y terminaba sacándolos del bar a patadas. Eran el único tipo de aplausos que recibía de cuantas cosas hacía en su desgraciada vida. Marcial era un auténtico baladrón.

Los ciento veinte kilos de músculo y grasa de Youssou se desplazaron con el retumbar de un rinoceronte, hasta que llegó frente a él.

—Estira los brazos y junta las manos —le pidió el pequeño Delfín, el cual le enlazó, con entrenada habilidad, ambas muñecas con unas esposas y le hizo un gesto a su socio. Youssou lo cogió bajo las axilas y lo levantó casi sin esfuerzo mientras Delfín dio una fuerte patada al destartado sillón que había junto al televisor, y lo dejó boca abajo, en posición invertida. El negro puso a Marcial con el estómago sobre el vértice superior resultante del sillón y puso un pie sobre el trasero del atemorizado maltratador. El acero hizo un corte longitudinal en la tela del sillón hasta dejar al descubierto la estructura interior. Con una nueva demostración de habilidad con las esposas, le liberó una mano, la entrecruzó con la barra del chasis metálico y volvió a atenazar la muñeca libre del desgraciado. Ya no podía escapar. Se sentó en el suelo frente al rostro pálido y desencajado de Marcial.

—Escuchad, os habéis equivocado. Yo no he hecho nada. ¡Soltadme! —gritó desde aquella estúpida posición.

Delfín deslizó sus dedos en el bolsillo de la cazadora y sacó una mordaza de bola, como las que se usan en las sesiones de *bondage*. Introdujo la pelotita roja en su boca y abrochó la correa por detrás de la cabeza de Marcial. Se acabaron los lamentos y los chillidos.

—Te diría que esto no es personal, pero sería una puta mentira. A mí me da igual, créeme, pero mi amigo se toma estas cosas muy en serio —señaló al negro que lo inmovilizaba—. Ahora lo entenderás.

Mientras hablaba, movía sus manos, desprovistas ya del gran cuchillo que había dejado apartado en el suelo, en busca de la cajetilla de tabaco que guardaba en su bolsillo.

—Esto durará poco y quién sabe, igual no te desagrada. —Consiguió encender un cigarro y aspiró con ansiedad antes de continuar con aquella vocecita aguda y melodiosa.

Marcial no entendía bien lo que ocurría. Estaba claro que venían a por él pero no alcanzaba a adivinar por qué, aunque le venían a la cabeza varias teorías. Debía ser por el cabrón de su vecino al que llevaba más de un año haciéndole la vida imposible solo porque tenía un trabajo estable, una mujer adorable y una vida que él no tenía ninguna posibilidad de disfrutar. Le robaba la correspondencia solo por joderle, pinchó las ruedas de su coche un par de veces e incluso una noche que llegó a casa borracho vomitó frente a su puerta. Sin embargo, no imaginaba a su vecino con el coraje de contratar a tipos como aquellos. No podía ser eso. Quizá fuese su ex, a la que también acosaba. La perseguía sin disimulo por la calle cuando no tenía nada que hacer, la llamaba por teléfono a horas intempestivas y la abordaba en el supermercado pidiéndole dinero y cama con sexo. O quizá fuese el del taller a quien no solo debía las últimas dos facturas de reparación del coche, sino que le había destrozado el vehículo de corte-sía por conducir borracho a altas horas de la madrugada y se

negaba a pagarle los daños ocasionados. La vocecita de aquel tipo interrumpió el repaso mental del listado de sus allegados más enojados.

—No suelo decir quién nos paga, aunque en esta ocasión nos han pedido que lo hagamos. La organización que proporciona trabajo a los vendedores subsaharianos ambulantes quiere que recuerdes todas y cada una de las veces que has llamado negros de mierda a sus chicos y las ocasiones que han tenido que sufrir en silencio tus humillaciones y agresiones. Quieren que sepas que el barrio no te pertenece y, por lo tanto, sus distribuidores entrarán en los locales que se les ha asignado sin que ningún gilipollas racista y malnacido les haga la vida imposible. —El cigarrillo estaba en las últimas.

>> Y por eso estamos aquí, para que captes el mensaje. —El humo de la última chupada salió con la palabra «mensaje» y a Marcial se le metió hasta lo más profundo de sus pulmones. Hizo un gesto a su socio y este agarró los pantalones del pobre acosador y tiró con fuerza hacia abajo hasta quitárselos y los lanzó al otro lado del salón. El enorme negro se desvistió frente a la despavorida mirada de Marcial que en un instante observó el poderoso motivo por el que lo apodaban *Treintaitres*.

—¡Mmm! —intentó protestar mientras observaba cómo las manos de largos y negruzcos dedos procedían a colocar un condón en el miembro ya empalmado. Todas aquellas veces que sometió a los negros ambulantes, que los pateó y les había vociferado que les dieran por el culo, todos esos momentos, los iba a pagar ahora. Intentó desatarse y moverse para impedir lo que se imaginaba que sucedería en unos segundos, pero las esposas de las manos y el antebrazo de del mastodonte de piel oscura apoyado sobre su espalda no le dieron la mínima posibilidad de impedir la primera embestida.

Tras diez minutos de dolor y suplicio, Marcial averiguó lo que era el infierno. Las veces que se engrandecía en el bar y sacaba el machote falaz que llevaba dentro al asegurar que se follaba a esta o a aquella zorra y cuando alardeaba de haber violentado a su ex para obligarla a tener sexo, en todas esas ocasiones, no podía ni imaginar que purgaría de esta manera, con el martirio que acababa de experimentar. Su excesiva vanidad y su continua arrogancia pública habían sido castigadas y desgarradas con severidad.

Marcial permanecía inmóvil y sollozaba. Delfín apagó el móvil con el que grabó la violación y le quitó las esposas y el bozal.

—Espero que a partir de ahora tus palabras y tus actos sean dulces y suaves, por si tienes que volver a tragártelos.

Youssou dejó el preservativo dentro de su víctima y se ajustó el amplio chándal marrón. Desde que destruyó la puerta no había abierto la boca, ni con una palabra, ni con un jadeo.

—Te voy a dar un par de consejos más y son gratuitos; deja de ir al bar y aprovecha el tiempo en otros menesteres. Aléjate de los problemas. Sigue mi consejo o volveremos. Podrías leer más y beber menos, te reconfortaría.

Los dos individuos abandonaron el cuerpo fofo y sucio de Marcial en medio de un maloliente y oscuro charco de heces, sudor y sangre.

CAPÍTULO I

Tengo unas ganas insoportables de beber. Me tomaría un buen lingotazo de cualquier bebida alcohólica que calmara mis demonios; güisqui, tequila, vodka o incluso un par de cervezas creo que bastarían. Esta sensación de agitación y de ansiedad no es nueva para mí. En la asociación vila-realense de alcohólicos rehabilitados ya pasé la primera e ineludible etapa de desintoxicación con un resultado más que notable. Mis terapeutas quedaron asombrados con mi actitud frente al problema, pues no necesité más que una sola sesión para tomar conciencia de mi dipsomanía y admitirla frente a los demás. Por el contrario, me llevó meses de sufrimiento conseguir minimizar la dependencia física a la bebida. La posterior deshabituación fue mucho más compleja y dura, porque la remisión de la dependencia psicológica a la bebida y la aceptación de las secuelas sociales que la adicción me ocasionó, fue traumática para mí. Pero el trabajo de los psicoterapeutas y socioterapeutas consiguieron que madurara a nivel psicológico, o al menos eso dictaminaron, aunque yo no lo acabo de tener tan claro.

Ahora me encuentro en plena fase de rehabilitación. Las indicaciones de los especialistas van encaminadas a que supere las secuelas provocadas por la adicción, y a que mediante estrategias terapéuticas, pueda recuperar mi autoestima, mi capacidad de relacionarme en sociedad y de enfrentarme a situaciones adversas. He aprendido toda esta jerga de mierda a la fuerza, al asistir, de manera obligatoria, a las interminables reuniones de seguimiento de mis terapias.

Aunque ahora en realidad solo me enfrento al riesgo de que mi exmujer no me descubra espiándola escondido tras este gran árbol del paseo central de la avenida Blasco Ibáñez. Su salida por la puerta de consultas externas del Hospital Clínico Universitario de Valencia ha dado al traste con mis pensamientos. Ha terminado su horario de trabajo pero, por la razón que sea, no se ha desprendido de su bata blanca. Lleva su larga melena rubia recogida en una trenza que ha enrollado, a modo de espiral, sobre la parte trasera de su cabeza. Se ha detenido en la acera y conversa con algunos conocidos. Cuando reanuda su marcha por la calle Dr. Gómez Ferrer, tomo la decisión de cruzar la avenida y seguirla a cierta distancia. Creo que se dirige a su casa, ya que la calle Álvaro de Bazán, en donde tiene alquilado un piso, se encuentra a escasas dos manzanas del hospital donde trabaja. Es un barrio de gente acomodada, con viales dotados de anchas aceras y alcorques con arbolado que produce grandes sombras. Mis mujeres han escogido bien la zona, pues los bajos de los edificios acogen numerosos negocios que proporcionan todas las comodidades en cuanto a salud, alimentación, belleza y ocio que puedan necesitar.

Conozco a la perfección esa manera de caminar y me trae recuerdos de la mejor época que pasamos juntos. Cuando estaba embarazada de Teresa realizábamos todos los días una gran caminata desde nuestra vivienda hasta el pulmón verde

de la ciudad de Vila-real. Nueve kilómetros diarios que le permitían a Sonia mantenerse en forma durante la etapa inicial del embarazo de nuestra única hija. Caminábamos, charlábamos y compartíamos confidencias. Reíamos y nos besábamos con cualquier excusa. Eran tiempos felices y lejanos.

Ha llegado al edificio donde vive. Es uno de los grandes bloques de quince alturas que se alinean en la calle. Se asemejan a los típicos apartamentos de los años setenta que proliferaron en las costas del mediterráneo español. Combinan el enlucido verde de la fachada con los ladrillos cara vista anaranjados y todas las viviendas disponen de terraza exterior con una barandilla metálica de aluminio. Observando el edificio, creo que sería capaz de encaramarme al primer balcón y trepar por cada uno de ellos hasta alcanzar la azotea.

Rebusca en el bolso y parece encontrar las llaves, entra en el portal y desaparece tras la puerta de cristal. Me quedo unos minutos apoyado en la esquina de una planta baja de la manzana de enfrente. La oscuridad cae a plomo desde el cielo y pronto habrá anochecido. Sé que es una tontería, pero verla entrar en el portal de su casa me hace sentir solo. Mucho más de lo que en realidad estoy. Con gusto entraría en la cervecería que hay en los bajos del edificio donde me encuentro apostado, aunque, una vez más, descarto la idea de llevarla a cabo y decido volver sobre mis pasos. He de estar alerta para no cruzarme con Teresa, ya que es probable que vuelva a casa a esta hora, así que doy un rodeo por la avenida Primado Reig hasta la altura de Viveros. Cruzo los Jardines del Real y me encuentro con el antiguo cauce del río Turia, hoy reconvertido en un espacio deportivo y lúdico repleto de jardines y pistas para la práctica del fútbol, rugby, atletismo y otras actividades lúdicas. Lo atravieso a lo largo de los pilares del Puente del Real y accedo a la plaza del Temple, en uno de cuyos laterales se encuentra el hostel donde me hospedo. La